La iglesia sola cerrará y hará olvidar el siglo del terror: ella sola, ¡oh, pueblos! tocará vuestras llagas con la delicadeza de una vírgen, y respetará vuestras libertades con el tacto de una madre. La revolucion os habia hecho retroceder, os habia llevado, ¡pobres pueblos! hasta la ley del temor: ¡qué digo! hasta el temor, ménos la ley (2), la iglesia volverá á poneros bajo la ley de confianza y de amor.

De consiguiente, la iglesia bajo todos aspectos inocente, es bien digna de ser libertadora.

Hé aquí la primera condicion reconocida.

Pasó á la segunda: la iglesia se anuncia como libertadora universal.

1. Sí, los pueblos están hoy bajo el temor, ménos la ley. En los tiempos de la ley del temor se decia: ojo por ojo Pero bajo la revolucion, haciendo violar todas las leyes el encarnizamiento, ciertos partidos querrian mútuamente arrancarse los dos ojos; ya no hay límite á las represalias.

II.

Observad esto: el mal está en todas partes, la iglesia tambien.

Jamas la catolicidad ó la universalidad de la iglesia habrá sido más brillante, precisamente en razon de la universalidad del mal: en donde quiera que éste se ha presentado, allí ha encontrado á la iglesia. El mal está en Francia, en España, en Italia, en Alemania: allí está la iglesia. El mal está en Suiza, y allí la Iglesia; en el Brasil, y allí la Iglesia; está en en Turquía, y allí está la iglesia. En no importa qué lugar del globo en que la liberacion se ha hecho necesaria, la iglesia ha aparecido. En presencia del mal universal, la iglesia se ha manifestado como jamas católica ó universal.

¡Ah! aquí es, ¡oh franceses! donde quiero admirar el tacto y la delicadeza de la Providencia para con vosotros. Antiguamente, cuando Francia se encontraba en peligro, la enviaba Dios libertadoras, Genoveva,

Clotilde, Juana de Arco. Pero cuando el resto del mundo pasaba por crísis, en las adversidades de la Santa Sede y de la cristiandad, ¿qué hacia Dios? les enviaba la Francia: ella era la libertadora oficial del mundo: de todos los puntos del globo tendian hácia ella sus manos suplicantes los oprimidos y los mártires, y Francia llegaba en su auxilio (1).

Tal era el plan simple y magnífico de Dios: cuando Francia era la amenazada, heroinas la libraban; y Francia, heroina á su vez, libraba los pueblos, siendo de esta manera libertadora universal. Hoy la pobre Francia es incapaz de socorrer nada:

1 Esta mision brotó espontáneamente del corazon y de las entrañas de Francia el dia en que su primer rey cristiano, haciéndose leer la Pasion, llegado el momento en que Jesucristo es abofeteado, pone la mano en su espada y exclama: "¡Que no estuviera yo allí con mis francos!" Ese grito de nuestra cuna ha sido el grito de nuestra historia durante quince siglos. Jamas se abofeteó á un débil, se pisoteó una cosa augusta, sin oir á poco vibrar una espada y agitarse una bandera: ¡la espada y la bandera de Francia!—Bougaud.

pero lo que debe ser para ella un verdadero consuelo en su impotencia, y lo que tambien consuela un poco de la ausencia de Francia á todos los oprimidos, es que la Iglesia, y sola ella, la ha reemplazado. Nadie ha tomado tu puesto, ¡oh heroina ensangrentada, Francia infeliz y respetada de Dios: tu lugar en la defensa del derecho y de la justicia, no, nadie lo ha tomado! ¡Cuándo tú, hija primogénita y heroica de la Iglesia, desde hace quince siglos, no tuviste ya fuerzas para la liberacion universal, tu madre, la Iglesia misma es quien se ha levantado! ¡Ella es hoy libertadora universal y sola libertadora!

III.

No me será difícil probar que la Iglesia llena igualmente la tercera condicion, es decir, que trae á las naciones, como principal socorro y medio de salvacion, "una doctrina." Las revoluciones en los pueblos cristianos partiendo todas de las ideas, segun dije hace poco, las venció siempre la

Iglesia por la doctrina, oponiendo al error la verdad. La liberacion del género humano se hacia con la intervencion de dos agentes: miéntras Francia era libertadora por la espada, la Iglesia lo era por la doctrina. No es la primera vez que la Iglesia avanza al socorro del género humano por la doctrina.

Pero en ésta, el socorro doctrinal se muestra más imponente, en razon del mal que ha de combatir. En efecto, supuesto que el mal de que se mueren las naciones no es ya solamente una revolucion cualquiera, sino la Revolucion; la Revolucion en el sentido más extenso de la palabra, la Revolucion como se dice la Religion: la Iglesia esta vez ha proclamado la doctrina con un ruido, una oportunidad, una ostentacion que se han hecho sentir en todas partes: ha tenido el concilio del Vaticano y definido el dogma de la infalibilidad.

Se comienza ya á comprender qué clase de socorro habrá sido para el órden social este acto de doctrina: muy pronto se le

comprenderá completamente, y voces faltarán á los pueblos para bendecir á la Iglesia. Jamás olvidaré, señores, la respuesta que se me dió en el Concilio por un eminente cardenâl de la Santa Iglesia, el dia mismo de la definicion del dogma de la infabilidad. El dogma acababa de ser definido y la concurrencia se retiraba de San Pedro.—El eminente cardenal de que hablo, ¿por qué no nombrarle? en otro tiempo protestante, hoy cardenal—arzobispo de Westminster, Monseñor Manning, se me apareció bajo el pórtico de la basílica entre las dos estatuas ecuestres de Constantino y de Carlo Magno. Profundamente conmovido de la grande escena á que habia yo tenido la dicha de asistir, me acerqué con entusiasmo á Su Eminencia y le dije: "Monseñor, permitidme, á mí que nada soy, felicitaros, á Vos más que á todo otro, porque Vuestra Eminencia ha contribuido más que todo otro al buen éxito de esta grande jornada. "Y el noble prelado me dió esta respuesta, cuyo acento y palabras

jamas olvidaré: "Ahora puede venirse el mundo abajo, tenemos de qué reconstruirlo."

Desde entónces, señores, mirad: el derrumbe del mundo ha llegado. Todo se hunde en los abismos que la Revolucion ha cavado y descubierto: pero las naciones no han descendido solas á esos abismos, la Iglesia, aunque inocente, ha descendido con ellas. La Iglesia, con su prevision de madre, colocaba con anticipacion en esos abismos, diez años hace, la Piedra infalible: y allí está la piedra, inmóvil, imperturbable, en medio de las ruinas que se acumulan: ¡allí está sufriendo, pero confiada, activa! llamando á ella la reconstruccion que ya ha recomenzado. ¡Señores, sí, el mundo se ha venido abajo, pero tenemos de qué reconstruirlo!

IV.

Siendo la Iglesia libertadora inocente libertadora universal, libertadora armada de una doctrina infalible, aparece en ver-

dad con todas las cualidades de una grande libertadora. Resta, sin embargo, reconocerle la más importante: ¿ha empezado contra nuestros enemigos el "combate del amor?" ¿es "intrépida hasta el sacrificio?" y ¿su amor "vencerá?"

Señores, ¿habeis puesto cuidado en esta reflexion tan sonada hoy y que comienza á generalizarse? La cuestion religiosa, se dice, es la sola que puede salvarnos. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué se quiere expresar por esas palabras, ó á lo ménos, qué presentimiento encierran? Vedlo.

Para ser salvos necesitariamos tres cosas:

Entusiasmo,

Resistencia,

Heroismo.

Pues por estas palabras: ¡la cuestion religiosa puede sola salvarnos, se quiere decir, ó á lo ménos se presiente, que ya no hay sino la Iglesia que sea capaz de hacer nacer el entusiasmo, que nada más ella es capaz de ser heróica y de sufrir, y así es la verdad! ¡El entusiasmo! ¿en dónde está hoy

si no es en las filas de la Iglesia? Nuestros zuavos pontificios en los campos de batalla, nuestras diputaciones de católicos cerca del Vaticano, nuestras peregrinaciones en todos los caminos del mundo, nuestras multitudes, nuestros cantos, nuestros congresos, nuestras esperanzas, ¡qué escenas de entusiasmo! Encontradlas en otra parte de veinte años acá: os desafío á hacerlo. Por donde quiera todo está agotado, sin energía, semejante á jóvenes que han acabado con su vigor, ó á cortesanos desvergonzados. Comparadles: la Iglesia, bella, casta, llena de vida y de ardor, y decid, ¿quién lleva la salud del mundo?

Lo que con el heroismo, pasa con la resistencia. ¿En dónde están hoy la resistencia y el heroismo si no es únicamente en los rangos de la Iglesia? ¡Nosotros resistimos, no por la rebelion, mas por el sufrimiento! esa es la resistencia católica, resistencia inexpugnable. Ved á los obispos de Alemania: uno despues de otro han dicho adios á sus pueblos y entrado en prision.

Contemplad la actitud de las poblaciones católicas de la Suiza entregadas á apóstatas. Contad los mártires de la Corea y de Tang-King. Recordad las fusiladas que hace poco destruian por la vigésima vez á los valientes paisanos de Polonia porque permanecian fieles á su "Credo." Oid en Italia los gemidos de tantas religiosas arrojadas de sus monasterios cual basuras. Y despues, por sobre todo esto, la voz, la grande voz del Soberano Pontífice,—de Pio IX y de Leon XIII—firme y sonora como las trompetas de Jericó.

¿Qué es todo esto, os pregunto, sino la resistencia heróica de nuestra santa madre la Iglesia; de la Iglesia que se ha levantado, y que pugna con el mal para salvar la justicia y la libertad de las almas? La Iglesia es una madre, ¡y bien! á esta hora sostiene el combate de una madre, intrépida como Débora, serena como Judith, bella como Esther, suplicante como Santa Clotilde, vírgen y mártir como Juana de Arco y ¡superando á todas! ¡Ah, sí, todas estas

heróinas se inclinan ante la Iglesia!.....

Contra la fuerza ha empeñado el "combate del amor:" lo que tiene en las manos es el ¡Sagrado Corazon! De una parte se inclina hácia las naciones enfermas, diciéndolas: soy yo vuestra madre, reanimaos, yo os salvaré: de la otra hace frente á los bárbaros—á los bárbaros del Norte y á los bárbaros de la Revolucion—ella les embaraza, ella no les permite realizar, como querrian sus proyectos siniestros. El mal ya se creia vencedor porque habia lanzado este grito salvaje: "la fuerza está sobre el derecho:" y una madre se coloca delante él, y le responde: "¡el amor se sobrepone á la fuerza!"

Tal es el combate del amor de nuestra santa madre la Iglesia. Mi demostracion ha concluido. Decid, ¿no es la Iglesia la libertadora?

V.

En sus meditaciones sobre la Santísima Vírgen María, pronunció San Agustin esta

frase magistral: la causa es devuelta á la mujer, *ad feminam causa revertitur*. El gran doctor queria decir con esto, que habiéndose agotado todos los medios de salvacion sin resultados en favor del género humano enfermo desde el pecado original, devolvió Dios la causa á la mujer, á María, como sola capaz de salvarlo todo. Y en efecto, es la Vírgen María la que, en medio de los siglos, ha triunfado de la gran crísis del mundo y le ha dado una resolucion feliz. Ved por qué *ad feminam causa revertitur*, la causa fué devuelta á la mujer (1).

1 Hé aquí el pasaje de San Agustin, trozo de grande elocuencia:

"El diluvio borró al hombre, y no pudo borrar el crímen. Isaac, hijo de una estéril, no de una vírgen, mereció llevar la figura de la cruz; pero el mundo nada ganara en la consumacion de su sacrificio. Moisés arranca á la servidumbre al pueblo judío, mas no por esto libra de ella al mundo: extermina al Egipcio, no al pecado. El mismo David declara que nació en la iniquidad, luego no pudo purgar de ella la tierra.

"En consecuencia:

"Atendido que, por varios giros y revolu-

En la peroracion de los siglos se renueva el mismo espectáculo: *ad feminam causa revertitur*, "la causa es devuelta á nuestra santa madre la Iglesia." La Providencia, dejando desplomarse uno tras otro todos los imperios y sobre sus ruinas inmensas manteniendo en pié á la Iglesia, la designa manifiestamente como el único recurso de salvacion para el género humano.

Y de esta manera, señores, ya lo veis, de un cabo al otro de los siglos, Dios habrá sido fiel á su magnífico principio de curacion: las libertadoras.

Primero, en los siglos antiguos, las libertadoras del pueblo judío, Débora, Judith, Esther.

Despues, en medio de los siglos, la Vírgen María, ¡libertadora universal!

ciones de siglos, el carro del mundo habia rodado: que nadie habia podido curar al género humano, y que agobiado de crímenes, y que del golpe de su grande caida todo el universo tenia los miembros desp dazados:

"No habiendo quien lo levantara,

"La causa es devuelta á la mujer," *ad feminam causa revertitur.*"

Luego, en los siglos nuevos, las libertadoras de Francia, Santa Genoveva, Santa Clotilde, Juana de Arco, y la Francia misma como libertadora.

Finalmente en la peroracion de los siglos la libertadora es la Iglesia, la Iglesia que continúa á la Vírgen María: ¡María y la Iglesia, las dos libertadoras universales!

Tal es la magnífica sencillez del plan de Dios. Tales son las diferentes libertadoras, enviadas sucesivamente, en relacion siempre con cada crísis del mundo.

Tal es la vuestra, ¡oh naciones! la Santa Iglesia (1).

1 Dios, por medio de acontecimientos cuyo secreto tiene, devolverá á la Iglesia la causa de las naciones enfermas. Aun nos atrevemos á pensar que los pueblos, como reparacion y por honor tanto como por necesidad, se la entregarán motu propio, diciéndola: "Santa Iglesia católica y romana, nuestra madre, os traemos la causa, vos sola sois capaz de salvarlo todo." Ni seria imposible, tanto así las vías providenciales son admirables, que los pueblos la dijesen. Continuad el Concilio del Vaticano que comenzásteis. Ya no tenemos la nocion de derecho, de justicia, de libertad,

¡Oh Iglesia, madre mia! he balbuceado hablando de vos y del socorro que venís á traer á las naciones enfermas. Pueda yo á lo ménos convencer á mis lectores, de que sois vos, Iglesia bella y dulcísima, la suave realizacion de esta afirmacion divina, "sanabiles fecit nationes (1)," Dios ha hecho curables las naciones." Pueda yo igualmente dejarles en el corazon la esperanza de que salvareis á las naciones! Si, á todas las salvareis, ¡oh Iglesia, madre bonísima madre universal, madre invencible! ¡Oh Iglesia, en fin, que participais con la Vírgen María de este título tan dulce: "Yo soy la Madre del amor puro y de la santa esperanza! (2).

de fraternidad. Santa Iglesia, devolvednos todo esto. Sois nuestra maestra, nuestra libertadora." Efectivamente gastadas ya todas las Asambleas nacidas de la Revolucion, queda en reserva, como tipo y como socorro, esa Asamblea de ancianos que en otro tiempo *hicieron* la Francia y las naciones cristianas, y que podrian contribuir á *rehacerlas*.

1 Lib. de la *sabiduría*, I, 14.
2 Eccles. XXIV, 24.

Discurso Octavo.

RUINA Y RESURRECCION DEL PUEBLO DE ISRAEL.

Señores:

En los discursos que preceden hablé varias veces incidentalmente del pueblo judío. En el presente y al terminar esta obra quiero mirar directamente la figura de ese pueblo, delante de la cual no pasan sin emocion los hombres más incrédulos.

Para hablar del pueblo judío con dignidad y con verdad, he ido á tomar la inspiracion de los labios de un anciano, que fué templo del Espíritu Santo.

"Habia en Jerusalem, dice el Evangelio, un hombre llamado Simeon. Este hombre era justo y temeroso de Dios: aguardaba el consuelo de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Y el Espíritu Santo le habia